

Los generales rusos, rechazados sobre Ostrolenka después de las acciones de Golymin y de Pultusk, pudieron reunirse en Nowgorod, donde celebraron un consejo de guerra, en el que insistió Benningsen en la necesidad de no interrumpir las hostilidades. Benningsen, hombre tenaz y enérgico, había demostrado gran firmeza en Pultusk, y esta circunstancia le designaba para el mando en jefe, que, en efecto, le fué conferido á los pocos días. El valiente ruso marchó en seguida en busca del enemigo, aceptando el ocho de Febrero la batalla que le presentara Napoleón en Preussith-Eylau, sitio que fué teatro de una de las jornadas más sangrientas que registra la historia. El aspecto que ofrecía la llanura helada en toda su extensión y el cielo encapotado y sombrío aumentaron con sus lúgubres tonos el horror de las espantosas escenas que allí se desarrollaron. Scharnhorst, al frente de algunos miles de prusianos, que era casi el único resto que quedaba del ejército de su país, realizó prodigios de valor. La manera de combatir que tenían los franceses no dió resultado contra las compactas masas de la infantería rusa, que semejaban, dice Onken, baluartes y cabezas de puentes ambulantes. La acción quedó indecisa. «¡Qué carnicería sin resultado ninguno!», exclamaba á la mañana siguiente el mariscal Ney. Los rusos y los prusianos permanecieron hasta media noche en el campo de batalla, emprendiendo luego la retirada por orden de Benningsen; Napoleón no trató ni de reanudar el combate ni de perseguir al enemigo. Las pérdidas fueron enormes por una y otra parte.

La resistencia que encontrara en los rusos había abierto los ojos á Napoleón, quien, cinco días después enviaba con su ayudante Bertrand una carta sumamente afectuosa al rey de Prusia brindándole con su amistad. Además, Bertrand debía decir de palabra á Federico Guillermo que bastaba con que mandase al cuartel general del Emperador un hombre de su confianza, provisto de plenos poderes, para ajustar una paz ventajosa, que le haría recobrar todos sus Estado hasta el Elba; pues Napoleón se hallaba convencido de que la existencia de Prusia era necesaria á Europa, al paso que nada le importaba Polonia desde que la había conocido: esto último era preciso no declararlo francamente, sino sólo dejado entrever. Federico Guillermo contestó que estaba ligado por lazos indestructibles á Rusia, y que no podía adoptar resolución ninguna sin consultarla previamente con el Czar. No le convenía á Prusia en las condiciones actuales un tratado de paz especial, cuyo primer efecto habría sido producir su rompimiento con Alejandro y dejarla abandonada otra vez á la mala fe de Napoleón. La oferta de éste no era sino uno de tantos lazos tendidos á sus adversarios, que ya ni les halagaban ni les sorprendían.

El Emperador de los franceses, luego de rechazar vigorosamente los puestos avanzados de los rusos para no ser molestado durante el invierno, estableció su cuartel general en Osterode, confines de la antigua Prusia, y su actitud indomable contuvo al enemigo, que no pensó en turbar su reposo.

Diferentes triunfos parciales, conseguidos por las tropas de Napoleón ó las de sus aliados, debilitaron en parte las siniestras impresiones de Eylau. Savary, que mandaba interinamente el cuerpo de ejército de Lannes, alejó al enemigo de los pasos del Narew y lo batió en Ostrolenka; Lefebvre embistió á Dantzig; Mortier ocupó los alrededores de Stralsund; el ejército de Silesia apretó el cerco de Nöirs y de Glatz, y los turcos resistieron sin gran desventaja á Michelson, en el Danubio, y obligaron al almirante inglés Duckwoth á repasar los Dardanelos después de jugarle una mala pasada, en que el hábil y astuto Sebastiani desempeñó el principal papel. Fracasada su tentativa para reconciliarse con Prusia, Napoleón volvió los ojos al Austria: causábale inquietud el aislamiento en que se veía y, además, le alarmaban los armamentos de esta potencia. A trueque de ganarse la amistad del gabinete de Viena, no titubeó en estimularle á repartirse con Rusia los despojos del Imperio otomano, probando de esta manera el caso que hacía de los intereses de su amigo Selim y de la integridad de los Estados turcos, que preconizaba en todos sus manifiestos; y por si el cebo no era bastante, reiteraba al Austria el ofrecimiento de parte de Silesia. Enterado por Talleyrand de las miras de Napoleón, respondió el embajador austriaco que su gobierno no deseaba apropiarse territorio ninguno de sus vecinos, sino gozar tranquilamente de los suyos. Napoleón insistió. Su plan era, decía, restituir al rey de Prusia su trono y sus Estados y mantener la integridad de Turquía: esta vez no resultaban sacrificados los turcos, pero sí los polacos, que vertían por él su sangre y le entregaban sus recursos. Austria se encerró en una reserva impenetrable. Entonces, irritado, resolvióse á recurrir á la amenaza, poniendo á Francisco José en la alternativa de elegir entre la alianza y la guerra, y dispuso, para intimidarle, nuevos armamentos. Había llamado al servicio activo con un año de anticipación á los reclutas de mil ochocientos siete; iba á hacer lo mismo con los de mil ochocientos ocho, y pocos meses después debía pedir la quinta de mil ochocientos nueve. Todo esto era ilegal y se llevaba á cabo sin anuencia del Cuerpo legislativo; más él solo se curaba de engrosar sus ejércitos para sojuzgar á los débiles y retar á los poderosos. Por una feliz coincidencia, el gabinete austriaco desbarata sus proyectos; pues antes de que formulara claramente sus nuevas pretensiones, le ofrece su mediación con los aliados. Esta proposición inesperada que quitaba pretexto á sus amenazas, perturba y embaraza á Napoleón; comprende el mal efecto de una negativa; no sabe al pronto cómo salir del apuro; recomienda á Talleyrand que guarde una actitud ambigua, no contestando ni sí ni no; mas, á poco, varía de pensamiento y se manifiesta conforme con la mediación, pidiendo que vaya acompañada de una suspensión de armas de tres á seis meses; por último, no quiere oír hablar de armisticio mientras no se rindan Danzitz y Graudenz, y previene á Talleyrand que todo, incluso el lugar donde haya de reunirse el congreso, debe quedar en tela de juicio. La mediación propuesta por Austria no podía conducir á ningún resultado positivo: á Napo-

león no le gustaba; para el gobierno de Viena no había sido más que un expediente, y las demás potencias la admitieron en principio, pero sin tomarla en serio.

Muy otras eran por entonces las ideas del emperador Alejandro y del rey Federico Guillermo. El dos de Abril, llegó el primero á Memel, avistándose con Hardemberg, y el cuatro pasaron revista á las tropas ambos monarcas en Kydullen. Se celebraron en seguida varias conferencias, y de ellas resultó pactarse un nuevo tratado de alianza ofensiva entre los dos países, el veintiséis de dicho mes; el mismo día, Hardemberg, que había sido el alma de la negociación, era llamado nuevamente á dirigir los negocios públicos de su patria. Los dos soberanos se comprometían «á no deponer las armas sino juntos y á hacer causa común hasta la terminación de la guerra»; proyectaban extender la alianza á Inglaterra, Austria, Suecia y Dinamarca, y trazaban las bases sobre que debía reconstituir gran parte de Europa. Mecidas en estas gratas ilusiones, no sospechaban que el despertar de ellas iba á ser terrible.

Los coaligados, en efecto, perdieron lastimosamente los meses de Abril y Mayo, como habían perdido casi todo Febrero y Marzo; en nada variaron los rusos la manera de hacer la guerra, y Benningsen no se movió hasta que, el veintiséis de Mayo, cayó Dantzic en poder de los franceses. Napoleón, por el contrario, no desperdició una hora y se preparó á la nueva campaña disponiéndolo todo con orden y precisión admirables.

Benningsen estaba atrincherado en Heilsberg. Durante los meses de inacción había recibido refuerzos, aunque no tantos como los franceses, y su efectivo se elevaba á unos ciento veinte mil hombres, incluyendo los prusianos y el cuerpo de ejército que se encontraba del lado allá del Narew. Dada la inferioridad de sus fuerzas, le convenía sin duda seguir un sistema dilatorio, «límar á Napoleón», según las frases que á él mismo se atribuyen; mas para esto necesitaba abandonar las trincheras de Heilsberg y sacrificar los ricos almacenes de Kænigsbeg, lo que quería evitar á todo trance. Colocado, pues, en la alternativa de ir contra los franceses ó de retirarse sucesivamente detrás del Prégel y del Niemen, se decidió á lo primero. Ney ocupaba una posición excéntrica y descubierta, en medio de una comarca rodeada de bosques que no permitían descubrir los movimientos del enemigo, y Benningsen cayó sobre él de improviso, el cinco de Junio, mientras sus lugartenientes Sacken y Gortschacoff asaltaban otros puntos de la línea enemiga para llamar la atención. El plan estaba bien concebido, pero Ney lo frustró con su serenidad y el acierto de sus disposiciones.

Acometido por fuerzas triples, debió retroceder; mas lo hizo paso á paso dando constantemente la cara á los rusos, hasta que, al día siguiente, pudo resguardarse con el Passarga, después de librar un último combate con que protegió su difícil y gloriosa retirada. No habiendo obtenido de su operación contra el cuerpo de ejército de Ney los resultados que se prometían, Benningsen tuvo á su vez que retrogradar, porque Napoleón

con el ejército entero, avanzaba rápidamente á su encuentro y ya rebasaba su derecha: tornó, pues, al campo de Heilsberg, resuelto á esperar en él al enemigo. El día diez por la tarde llegaba éste al pie de las trincheras rusas, y en el acto dió la orden Napoleón de embestirlas. El ejército de Benningsen, parapetado tras sus fuertes defensas, le causó numerosísimas bajas; la contienda se prolongó hasta muy entrada la noche, en que Napoleón, desistiendo de arrostrar las consecuencias de un nuevo asalto, determinó correrse al otro lado, esperando que tan luego como Benningsen viera que se le ponía por delante en el camino de Kænigsberg, se apresuraría á levantar el campo. Así sucedió: el general ruso, al observar el movimiento de los franceses, desalojó las trincheras de Heilsberg pasando á la orilla derecha del Alber, después de incendiar los puentes. Creyendo Napoleón á Benningsen en plena retirada, su solo pensamiento consistió en ganarle por la mano en su marcha á Kænigsberg, mas no sin que mandara á Lannes que se posesionase de Friedland, que era con Wehlau el único punto por donde podían presentarse los rusos en són de ataque. No se ha logrado explicar satisfactoriamente la causa, pero el caso es que Benningsen, contra toda racional presunción, cruzó otra vez el Alber y, el día trece de Junio por la tarde, fuerzas de su ejército arrojaron de Friedland á un regimiento de húsares, enviado allí por Lannes, y sentaron sus reales en la población. El catorce, á las tres de la mañana, comenzaron á desembocar los rusos en la llanura que se extiende alrededor de Friedland. Se calcula en sesenta mil, á lo más, los que repasaron el Alber; Napoleón, en cambio, tenía cuando menos de ochenta á noventa mil hombres cuya concentración era fácil, desde Eylau hasta Friedland. Lannes, atrincherado en la aldea y bosques de Posthennen, próximos á la ciudad, resiste con energía el primer choque del enemigo, á pesar de su inferioridad numérica; pero al conocer los peligros de su situación despacha uno y otro correo al Emperador, el cual, no acertando á comprender tanta temeridad por parte de Benningsen, se figura que aquello es simplemente una demostración sin importancia. El general ruso, juzgando que Lannes no puede escapársele, le deja tranquilo algunas horas, perdiendo un tiempo precioso en desplegar sus tropas en el campo de batalla, de manera que, cuando quiso envolver á su débil adversario, ya habían acudido en auxilio de éste el cuerpo de Mortier y la caballería de Grouchy y de Nansouty. Los franceses cargan impetuosamente sobre la línea rusa, la obligan á replegarse y se hacen fuertes en Heinrischodorff. Las masas enemigas, sin embargo, no tardan en rebasarlos por todas partes: su derrota era segura. En este momento crítico, aparece Napoleón en Posthennen con su guardia y con el cuerpo de Ney: el de Víctor le sigue muy de cerca. El Emperador recorre el frente de los dos ejércitos y toma sus medidas como si la acción hubiera de comenzar entonces: realmente se libra una segunda batalla. El ejército ruso; ahora menos numeroso que su contrario, no tiene más escape que el que le ofrecen los puentes tendidos sobre el Alber, al otro lado de Friedland, de